

I Congreso Latinoamericano de Teoría Social

Nombre: Jorge Galindo

Institución: Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Cuajimalpa (México)

Correo: jorgegalindo45@hotmail.com

Mesa 35: Construcción y reconstrucción de teorías. Discusiones y debates desde América Latina y México

Título: Esbozo de la teoría de la reducción social de la contingencia

Resumen

Desde hace ya varios años me he dedicado a desarrollar la teoría de la reducción social de la contingencia (TRSC). Esta teoría tiene por objetivo principal conjuntar en un solo instrumento analítico algunos de los principales aportes conceptuales de la sociología contemporánea. En esta ponencia presentaré un esbozo de los elementos básicos de la TRSC. En el primer apartado desarrollaré las premisas fundamentales de la herramienta metodológica que me ha permitido llevar a cabo una comparación teóricamente controlada de diversos aportes conceptuales. El segundo apartado está dedicado a la exposición del problema teórico de referencia que funge como común denominador en la comparación antes mencionada, a saber: el teorema de la doble contingencia. Por su parte, el tercer apartado está dedicado a la presentación general de los operadores sociales reductores de la contingencia: comunicación, disposiciones y materialidad-tecnológica. En los apartados cuatro, cinco y seis analizaré cada uno de estos operadores y presentaré la forma en que éstos se relacionan. Además de estar dedicado a las conclusiones, aprovecharé el último apartado para presentar algunas de las tareas pendientes en la elaboración de la TRSC.

1. El método funcional

La versión del método funcional que ha guiado la elaboración de la TRSC es aquella desarrollada por Niklas Luhmann.¹ En sentido estricto, el método funcional luhmanniano es una crítica de la causalidad lineal propia del funcionalismo clásico tal y como fue trabajado por Émile Durkheim y Talcott Parsons. Para Luhmann esta versión clásica del método funcional limita los alcances de la investigación porque la obliga ver en las funciones meros efectos que ejecutan fines. Esto hace que antes de poder llevar a cabo una investigación, el sociólogo deba fijar el fin a cuyo cumplimiento contribuirán los fenómenos de carácter

¹ Una caracterización más completa del método funcional luhmanniano se encuentra en (Galindo, 2012).

funcional. Para el funcionalismo clásico, la sociedad sólo puede sobrevivir si se cumplen determinadas funciones. Sin embargo, Luhmann tiene claro que, a diferencia de lo que podemos observar en un organismo, donde caben pocas dudas sobre los límites entre lo vivo y lo no-vivo, en el caso de la sociedad resulta sumamente complicado definir el momento en que un determinado sistema social ha dejado de existir.

Para poder rescatar al funcionalismo de las aporías del esquema causal-lineal, Luhmann propuso ver a éste como una variante del método comparativo que nos permite observar no la necesidad implícita de los requisitos funcionales, sino la contingencia propia de las equivalencias funcionales.

Luhmann toma, pues, distancia del concepto de función en el sentido de griego de ἔργον (*ergon*: actividad u operación) y recupera el significado lógico-matemático del término, lo cual le permite verlo como una mera relación de variables intercambiables.

Justamente para poder ir más allá del mero formalismo lógico-matemático propio del concepto de función y así poder hacer de este método una herramienta científicamente productiva es necesario establecer un problema sociológico de referencia que permita llevar a cabo la comparación entre teorías. A diferencia de lo que ocurre en el ámbito matemático donde la función refiere a una relación constante entre dos cantidades variables, en la sociología la relación constante entre dos variables no será ocupada por una cantidad, sino por un problema de referencia. En el caso de esta teoría el problema de referencia remite a una temática ya identificada por Parsons y Luhmann en sus respectivas teorías, a saber: el teorema de la doble contingencia.

2. El teorema de la doble contingencia

El concepto de contingencia remite a la existencia de fenómenos cuyo acaecer no es ni necesario, ni imposible. Observar al mundo desde la óptica de la contingencia permite dar cuenta de que las cosas pudieron haber sido distintas a como efectivamente son. Justo por eso, desde el punto de vista lógico, el ámbito de lo posible y el ámbito de lo real permanecen separados, pues lo posible no deja de ser posible si se hace real, pues el observador sabe que las cosas hubieran podido ser distintas (Cf. Luhmann, 2013).

Entre los muchos fenómenos que pueden ser adjetivados como contingentes se encuentran los fenómenos sociales. De hecho, uno de los rasgos fundamentales de “lo social” se encuentra, justamente, en la forma particular que la contingencia adquiere en este ámbito de la realidad. La particularidad de esta contingencia típicamente social radica en el hecho de que en ella las expectativas reflexivas (es decir, las expectativas de expectativas) desempeñan un rol

fundamental. Esto quiere decir que cuando dos individuos se relacionan y buscan coordinar sus acciones, de una u otra forma, se ven obligados a considerar las expectativas del otro en las propias.

Entre los clásicos de la sociología fue Talcott Parsons quien más atención puso a este fenómeno y lo convirtió en el punto de partida de su teoría general de la acción. Es importante apuntar que para Parsons el concepto de contingencia remite en lo exclusivamente a la idea de dependencia, es decir para él tanto las gratificaciones como las reacciones de ego no son sólo dependientes de las gratificaciones y reacciones de alter, sino también dependen de aquello “que ego interpreta son las expectativas de alter respecto al comportamiento de ego, pues ego espera que las expectativas de alter influyeran su comportamiento” (Parsons, 1962: 105).

Evidentemente como se está hablando no de la contingencia sencilla, sino de la *doble* contingencia es importante recordar que lo que vale para ego vale para alter. En este sentido, también las gratificaciones, reacciones y expectativas de alter dependen de las de ego. Justo por eso se habla de que en lo social existe una “complementariedad de expectativas”. Así, en principio, la complementariedad de expectativas no remite al hecho de que los actores tengan las mismas expectativas sobre algo, sino simplemente a que “la acción de cada uno se orienta por las expectativas del otro” (Parsons, 1962:15).

Para Parsons el problema de la doble contingencia sólo tiene solución si los actores comparten una misma cultura y se esfuerzan por actuar conforme a sus mandatos normativos. En la teoría de la acción de Parsons compartir una misma cultura implica que los individuos hayan incorporado los esquemas culturales durante la socialización y que éstos sea capaces de fijarse en los sistemas psíquicos estableciendo los fines culturalmente deseables (valores) y los medios socialmente legítimos para conseguir dichos fines (normas). Desde esta teoría la coordinación de acciones en particular y el orden social en lo general se explican por la dupla: cultura compartida / deseo de conformidad. Esta dupla queda reflejada en la jerarquía cibernética que daba cuenta de los flujos de información y energía del esquema AGIL del Parsons tardío.

Como es bien sabido, este esquema teórico fue duramente criticado, en especial, por las llamadas perspectivas “microsociológicas” o “interpretativas” (interaccionismo simbólico y sus derivados, fenomenología y etnometodología) para las que esta visión hipersocializada del actor social resultaba falsa.²

² Para las críticas a Parsons véase (Galindo, 2008).

Más allá de las fallas detectadas en el esquema teórico de Parsons, lo importante aquí es el rendimiento científico que se deriva de su trabajo, pues gracias a éste, la sociología cuenta con un problema de referencia claramente delimitado que contribuye a darle unidad a su enorme diversidad conceptual. En efecto, el teorema de la doble contingencia es el problema de referencia que nos permite activar el potencial comparativo del método funcional en la observación de distintas teorías. Desde este punto de vista, las teorías serán analizadas como respuestas funcionalmente equivalentes a dicho problema.³

Empero, antes de pasar a este análisis comparativo es importante refinar el concepto de doble contingencia que será empleado en la TRSC mediante los aportes llevados a cabo por Niklas Luhmann.

A diferencia de Parsons, Luhmann no considera que la noción de dependencia sea el rasgo fundamental de la doble contingencia de lo social. Para él el rasgo fundamental de este concepto radica, justo como lo decíamos antes en este mismo apartado, en la remisión que hace a otras posibilidades y, por lo tanto, en la forma en que observa los fenómenos acaecidos como una selección entre otras posibilidades. Ciertamente Luhmann no excluye que conformidad con el esquema normativo pueda ser un mecanismo de reducción de dicha contingencia, pero no piensa que éste sea el único mecanismo capaz de cumplir tal función. Por esta misma razón tampoco piensa que la construcción del orden social dependa de que los individuos involucrados en la relación social hayan incorporado un determinado esquema cultural. Para Luhmann el orden social se debe a la emergencia de sistemas sociales compuestos exclusivamente de comunicación. Ahora bien, es importante apuntar que estos sistemas sociales siempre operan en el presente, pues cada operación comunicativa desaparece al tiempo que es ejecutada. Por esta razón, desde el punto de vista temporal, la solución al problema de la doble contingencia de Luhmann se parece más a las soluciones de las microsociologías que a la de Parsons ya que, al igual que en éstas, en la teoría de sistemas el problema se resuelve en el presente. En efecto, para Luhmann cada operación comunicativa que se da en un encuentro va contribuyendo a estructurarlo y, por lo tanto, va reduciendo la contingencia de salida. En un primer momento cualquier desenlace del encuentro es posible, pero conforme transcurre el tiempo y las operaciones comunicativas van sucediéndose unas a

³ Es importante anotar que la equivalencia funcional no nos dice nada sobre la calidad o la jerarquía. Decir que dos (o más) teorías son funcionalmente equivalentes no quiere decir que ambas tengan la misma capacidad analítica o explicativa para dar cuenta de lo social, sino solamente que ambas son respuestas a un mismo problema. En este sentido, la evaluación de las mismas dependerá de otras consideraciones. Por ejemplo, la evidencia empírica nos puede mostrar que la teoría X explica mejor el comportamiento de los actores en la situación Y que la teoría Z.

otras las posibilidades van reduciéndose. Evidentemente esto no quiere decir que Luhmann piense que la contingencia puede ser efectivamente superada, pues las cosas siempre pueden ser de otra forma (como bien lo saben las parejas, un gesto puede dar al traste con el proceso comunicativo y romper los acuerdos previamente alcanzados). Sin embargo, la puesta en marcha de la comunicación posibilita abandonar el estado de contingencia pura y pasar a un estado estructurado de la misma (Cf. Vanderstraeten, 2002: 87).

Aunque en última instancia estas selecciones siempre son selecciones de un individuo en particular, tanto en la vida social en general como en la sociología en particular dichas decisiones pueden ser atribuidas a otras instancias tales como los sistemas sociales, los campos, las redes o las organizaciones. En este sentido, la TRSC no considera que la unidad de la sociología en tanto que disciplina científica se encuentre en un determinado objeto de estudio, sino en el problema de referencia. Gracias a esto la TRSC identifica diversos operadores sociales reductores de la contingencia.

3. Los operadores sociales reductores de la contingencia

La identificación de los tres operadores sociales reductores de la contingencia que presentaré a continuación se debe, en lo fundamental, al análisis que realicé en otro lugar (Galindo, 2010) sobre la forma en que tres importantes teorías contemporáneas –la teoría de sistemas de Niklas Luhmann, la teoría de la práctica de Pierre Bourdieu y la teoría del actor red de Bruno Latour– dan cuenta de las condiciones de posibilidad del orden social.

En el caso de la teoría de sistemas, el orden social es posible gracias a la emergencia de sistemas funcionales como la política, la economía y la ciencia que se sirven de medios de comunicación simbólicamente generalizados como el dinero, el poder y la verdad para hacer más probable la aceptación de ofertas comunicativas. Por su parte, en su teoría de la práctica Bourdieu muestra mediante el concepto de habitus la relevancia que el cuerpo tiene en la constitución del orden social. Por último, una de las principales banderas de la teoría del actor red ha sido criticar el énfasis que la sociología ha puesto en los aspectos meramente simbólicos de lo social, desatendiendo la importancia de la materialidad-tecnológica. Desde esta perspectiva, el orden social no puede explicarse sin la participación de materia en la formación de redes o asociaciones. En particular la teoría del actor red se ha interesado por la materialidad en su versión tecnológica.

Los resultados de dicho análisis han sido sumamente fructíferos para el desarrollo de la TRSC. A partir de entonces, mi aproximación a otras teorías sociológicas ha estado mediada por la búsqueda de lo que ulteriormente he decidido denominar: operadores sociales

reductores de la contingencia. Este concepto me ha parecido apropiado, pues en el marco de la TSRC tanto la comunicación como las disposiciones y la materialidad-tecnológica *llevan a cabo* algo, a saber: reducen la contingencia inherente a las relaciones sociales. Es importante anotar que se habla de reducir la contingencia y no de superarla o anularla. La intervención de los OSRC contribuye a hacer más o menos probable el cumplimiento de una determinada expectativa, pero no debe perderse de vista que las cosas siempre hubieran podido ser distintas a como son y que, además, nada garantiza que las cosas seguirán siendo como son más adelante en el tiempo.

Como veremos más adelante, el tiempo de la relación social y la forma que adoptará la contingencia variarán según el tipo de relación. Así, por ejemplo, no es lo mismo el tiempo fugaz de la interacción entre desconocidos que difícilmente volverán a verse que el tiempo meso de la organización o el tiempo largo de los sistemas sociales.

Por otra parte, se puede afirmar que estos operadores son sociales porque, en sentido estricto, ni la comunicación, ni las disposiciones prácticas, ni la materialidad-tecnológica pueden ser entendidas como productos naturales o individuales.⁴ Los OSRC son, pues, productos de la historia que, a su vez, producen la historia.

Es sumamente importante dejar en claro que las fronteras que separan a los distintos OSRC tienen un carácter meramente analítico, esto quiere decir que en la realidad la puesta en marcha de uno implica la participación de otro u otros operadores. Justamente esta dependencia recíproca es la que ha permitido el desarrollo de ámbitos de sentido tan complejos como la ciencia, pues para ser cabalmente comprendida, la comunicación científica no sólo presupone la incorporación de determinadas disposiciones, sino también la participación de instrumentos de prueba dotados de sentido.

No obstante lo anterior, es importante mantener analíticamente separados a los OSRC, pues sólo así estaremos en condiciones de ver su dinámica y rendimientos específicos a la solución del problema de la doble contingencia. En este sentido, los siguientes apartados del escrito están destinados a analizar brevemente cada uno de los operadores sociales reductores de la contingencia y a apuntar la forma en que éstos se relacionan entre sí.

4. Comunicación

⁴ Incluso entre algunos simios, el uso de herramientas rudimentarias depende del aprendizaje.

La comunicación se encuentra en el centro de la TRSC, pues – ya sea en su forma gestual, hablada o escrita– marca el inicio de toda relación social y por lo mismo es la principal instancia reductora de la contingencia.

Si, por la razón que fuera, ego no pudiera identificar la pretensión comunicativa de alter, el juego de monitoreo recíproco de expectativas característico de la doble contingencia no se echaría a andar. Sin embargo, toda vez que la oferta de sentido anidada en la comunicación es comprendida como tal, ego está en condiciones de seleccionar una respuesta que acepte o rechace las expectativas de alter. A su vez, la selección de ego fungirá como presupuesto de la ulterior selección de alter y así sucesivamente hasta que el episodio comunicativo llegue a su fin.⁵

En este sentido, el concepto de comunicación empleado en la TSRC recupera triada conceptual establecida por Luhmann en su teoría de sistemas sociales. Para Luhmann la comunicación es una síntesis de tres selecciones: la selección de “darla a conocer”, la selección de información y la selección de comprensión. La primera selección apunta al cómo se comunica. Para echar a andar un proceso comunicativo, alter tiene que seleccionar entre los distintos tipos de comunicación para apelar a ego, es decir tiene que decir si le llamará por teléfono, le escribirá un correo electrónico o si irá a buscarlo para establecer una charla cara a cara. La segunda selección remite al qué se comunica, o sea a la información. Alter puede buscar a ego para saludarlo, pedirle un favor, decirle que lo ama, invitarlo a una fiesta, etc. Por último, lejos de implicar una comprensión intersubjetiva de lo comunicado, el concepto luhmanniano de comprensión apunta al mero enlace comunicativo. Puede afirmarse que una comunicación es comprendida si ego es capaz de registrar tanto el acto de comunicar de alter en tanto que comportamiento significativo como el hecho de que este acto de comunicar conlleva un contenido informativo y orienta su respuesta a esta dupla. Comprender no significa que ego haya entendido lo que alter le dijo, sino solamente que sea capaz de comprender que se le hizo una oferta comunicativa de sentido. Así, la respuesta de ego a la comunicación de alter puede, simple y llanamente, ser: “no entendí”. Sin embargo, desde el punto de vista del concepto de comunicación no entender implica haber entendido que se quería comunicar algo y, por lo tanto, es una de las formas en que la comunicación produce más comunicación (pues ante semejante respuesta de ego, alter se verá en la

⁵ En este sentido, Luhmann afirma que la comunicación no posee una tendencia teleológica al consenso y que, justamente, “sólo como consecuencia de esta bifurcación (entre aceptación y rechazo JG) puede haber además historia, cuyo curso depende del camino que en cada paso fue tomado: el del sí o el del no” (Luhmann, 1998: 58).

necesidad de responder ya sea terminando el episodio comunicativo con un “tú nunca entiendes nada” o dándose el tiempo para explicar lo que quiso decir).

No obstante la innegable deuda que la TRSC tiene con la teoría de Luhmann (entre otras cosas) en el tratamiento del concepto de comunicación, existen importantes diferencias. Por una parte, y sin negar el aporte fundamental que la comunicación hace a la solución del problema de la doble contingencia, la TRSC no considera que ésta sea el único operador social capaz de reducir la contingencia. Semejante afirmación implica una, desde mi punto de vista, innecesaria e insuficiente delimitación ontológica de lo social. Lejos de lo que piense Luhmann, me parece que está claro que la comunicación no basta para dar cuenta de la estabilidad del mundo social. En este sentido, el mundo social observado por la teoría de sistemas me parece (todavía) demasiado contingente. Para dar cuenta cabalmente de la cuasi-necesidad del mundo social es menester “reclutar” a otros operadores que, sin dejar de ser sociales, sean más durables. Así, de la misma manera en que Latour afirma que “la tecnología es la sociedad hecha para que dure” puede afirmarse que “las disposiciones son la sociedad hecha para que dure”. Si se me permite una recuperación modificada del esquema parsoniano de la jerarquía cibernética, se puede afirmar que la comunicación es rica en información, pero pobre en consistencia, mientras que las disposiciones y la materialidad-tecnológica son relativamente pobres en información, pero ricas en consistencia.⁶

La comunicación posibilita, pues, la sedimentación, generalización y ulterior reproducción tanto de expectativas como de semánticas y, gracias a ello, logra fijar puentes de sentido que permiten rebasar los márgenes espaciotemporales de una situación determinada y que fungen como condición de posibilidad de la emergencia de grandes sistemas comunicativos de los que ya he hablado antes.

Por otra parte, considero que la TRSC da una mejor explicación del carácter sistemático de la comunicación, pues permite hacer una caracterización más detallada de sus condiciones ambientales de posibilidad. Mientras que, en su afán por encontrar el ultraelemento de lo social, Luhmann nos presenta un concepto de comunicación que simplemente presupone un acoplamiento estructural con su entorno humano sin decir mucho sobre éste, la TRSC nos invita a investigar cuáles son las disposiciones específicas que posibilitan una participación lograda en los diferentes ámbitos comunicativos. En su teoría, Luhmann desecha este problema al reducir el concepto de socialización a la auto-socialización sin dar más cuenta de ella. Más adelante veremos la forma en que se puede desarrollar una aproximación a la

⁶ En términos generales las disposiciones poseen más información que la materialidad-tecnológica, pero menos que la comunicación por el hecho de que sin ésta las disposiciones son matrices de sentido son poco específicas.

socialización capaz de dar cuenta las variaciones individuales en la sociología de las disposiciones de Bernard Lahire.

Por último, la TRSC permite a la sociología ir más allá de la observación de segundo orden a la que la teoría de Luhmann la restringía. Ciertamente uno de los grandes rendimientos de la teoría de Luhmann radica en haber hecho que la sociología pusiera atención en la manera en que los sistemas observan el mundo. Gracias a esto la disciplina puede dar cuenta de la forma en que sistemas tan disímiles como el derecho, la ciencia, la economía y la política observan fenómenos como el calentamiento global. Sin embargo, este énfasis en la observación de segundo orden impide que la sociología se asuma como observador de primer orden de fenómenos relativos al comportamiento estadísticamente registrado de agregados de individuos. Para la TRSC la observación de estos fenómenos es parte integral de la labor científica de la sociología.

Más allá de su enorme relevancia para el estudio sociológico de la comunicación, es evidente que Luhmann no es el único autor que ha trabajado con este concepto. Otro destacado exponente de la sociología de la comunicación es, sin lugar a dudas, Erving Goffman. Si bien es cierto que el concepto luhmanniano de comunicación no excluye la comunicación no verbal, tampoco puede negarse que los aportes de Luhmann al estudio de este tipo de comunicación son, por lo demás, magros. Goffman por su parte, hizo del estudio de la comunicación no verbal la clave de bóveda de su sociología de la interacción.

Las reflexiones de Goffman sobre la comunicación son de gran utilidad para el desarrollo de la TRSC por el hecho de que en éstas queda de manifiesto la relación entre disposiciones no-conscientes y comunicación, pues incluso “si las personas presentes no son en absoluto conscientes de la comunicación que reciben, no es menos cierto que percibirán algo anormal si el mensaje no es el habitual” (Goffman, 1984: 287). En este sentido, incluso si el individuo que se vistió de forma inapropiada para una determinada ocasión social no quería comunicar algo respecto de él con esta actitud, la comunicación, en tanto realidad sistémica *sui generis* apoyada en el sentido práctico de los actores, se puede dejar irritar por este acontecimiento y activarse (¿Acaso el que X venga vestido así es algo que pretende comunicar la idea que éste tiene sobre el evento o el resto de los invitados? De ser así, ¿qué es lo que se quiere comunicar? Más vale preguntarle directamente a X o a su pareja). Al igual que en otros casos, aquí la doble contingencia se va reduciendo conforme las expectativas se ven confirmadas o rechazadas.

Evidentemente la comunicación no verbal puede negarse (X puede afirmar que no hay intención oculta en la ropa que escogió y que sólo se puso lo primero que le vino a la mente...

lo cual, por lo demás, también puede interpretarse de muchas formas) y justo por eso es difícil que contribuya a la construcción de los sistemas de comunicación diferenciados que requieren de la comunicación verbal –oral o escrita– para sustentar su autopoiesis y cuya operatividad rebasa por mucho el ámbito interactivo. Como veremos en un momento, esta comunicación verbal –oral o escrita– adquiere las más de las veces la forma de semántica. No obstante la incapacidad de la comunicación no verbal para la construcción de grandes sistemas de sentido, la importancia que este tipo de comunicación tiene para la interacción –entendida como la comunicación que acontece cuando los participantes del episodio comunicativo están en co-presencia física recíproca– es insoslayable.

Como recién dijimos, en el terreno de los sistemas funcionales la comunicación verbal –oral o escrita– adquiere las más de las veces la forma de semántica. La semántica remite a conceptos que funcionan como fijaciones de sentido condensadas y confirmadas que al generalizarse operan con relativa independencia del contexto en el que se emplean (Luhmann, 1998a: 19).⁷ Así, por ejemplo, la emergencia de la ciencia en sentido moderno dependió del surgimiento y la consolidación de una semántica propiamente científica y, a su vez, la ulterior diferenciación de cada disciplina científica ha implicado el surgimiento y la consolidación de semánticas disciplinares.⁸ Lo mismo ocurrió, entre otros casos, con el derecho, la política, la economía, la educación y el amor.

Con todo no puede afirmarse que, no obstante su enorme importancia, la comunicación baste para dar cuenta de duración del orden social. Para alcanzar la regularidad que lo caracteriza, el mundo social requiere de la incorporación de otros operadores sociales reductores de la contingencia como son las disposiciones prácticas y la materialidad-tecnológica.

5. Disposiciones

Sin lugar a dudas, el de socialización es un concepto central de la sociología. Los grandes clásicos de la disciplina –Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber – lo emplearon en sus reflexiones y desde entonces ha sido abordado por pensadores como Talcott Parsons, Norbert Elias y Pierre Bourdieu.

⁷ Es importante apuntar que, a diferencia del uso que Luhmann hace de la semántica, la función que desempeñan los análisis semánticos en la TRSC no apunta exclusivamente a la manera en que los contenidos semánticos acompañan el proceso de diferenciación funcional.

⁸ Evidentemente esto no quiere decir que no exista un intercambio semántico entre distintas disciplinas. Por ejemplo, en la sociología Bourdieu puede emplear el concepto físico de “campo de fuerzas”. Sin embargo, este uso metafórico sólo tiene sentido en la disciplina porque hay en ella una semántica científico-social específica que posibilita el empleo de esta figura. Así, lo que en la física remite a magnitudes físicas que varían en el espacio, refiere en la sociología a los agentes e instituciones involucrados en la lucha por el monopolio de un tipo de capital.

Entre los conceptos desarrollados en la disciplina para dar cuenta de los productos de la socialización, el de disposición me parece especialmente atinado. El concepto de disposición ocupa un lugar central en la teoría de la práctica de Bourdieu. Para Bourdieu el concepto de disposición expresa:

“lo que oculta el concepto de habitus (definido como sistema de disposiciones): en efecto, él expresa en principio el *resultado de una acción organizadora* presentando entonces un sentido muy próximo a palabras como estructura; él designa por otra parte *una manera de ser*, un *estado habitual* (en particular del cuerpo) y, en particular, una *predisposición*, una *tendencia*, una *propensión* o una *inclinación*” (Bourdieu, 2012: 317).

Este sistema de disposiciones es, pues, resultado de la socialización; es decir de la exposición duradera a determinadas condiciones de existencia social por parte de los individuos. Los componentes de dicho sistema son incorporados por los individuos, por lo que éste termina por naturalizarlos. En este sentido, para Bourdieu las disposiciones ejercen su efecto sobre los individuos sin que éste pueda darse cuenta de ello. Son, pues, (al menos en su gran mayoría) esquemas inconscientes que nos llevan a actuar, *prácticamente*, de forma automática. La clásica definición que Bourdieu elabora del concepto de habitus deja ver la manera en que los aspectos antes mencionados se relacionan unos con otros para formar un todo coherente:

“Los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen un habitus, sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines, ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlas, objetivamente ‘reguladas’ y ‘regulares’ sin ser para nada el producto de la obediencia a determinadas reglas, y, por todo ello, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta” (Bourdieu, 2007: 86).

Sin lugar a dudas, uno de los máximos rendimientos científicos derivados del concepto de habitus radica en que éste puede dar cuenta de la “durabilidad” de lo social, pues a diferencia de otros enfoques, en Bourdieu lo social se naturaliza al hacerse cuerpo y esconde así su propia contingencia. Justamente por eso se le reprochó mucho a Bourdieu el haber desarrollado una teoría determinista. Independientemente de la pertinencia de dichos reproches es importante apuntar dos cosas a este respecto.

En este contexto, es importante aclarar que Bourdieu nunca aceptó que su teoría fuera determinista ya que para él el habitus es un operador práctico que no sólo inhibe, sino también

posibilita.⁹ Bourdieu tenía claro que el habitus podía cambiar, pero que esto no era algo fácil, pues se requeriría de una gestión consciente de las propias disposiciones o de transformaciones sociales de grandes dimensiones (cambios estatales, procesos de modernización, etc.) capaces de romper con la complicidad ontológica entre el mundo social y las disposiciones; empujando a estas últimas a efectuar cambios para adecuarse a las nuevas condiciones. Empero, este ajuste no siempre se lleva a cabo. De hecho, en pocas ocasiones la fuerza del habitus se hace tan evidente como en los casos en que las condiciones objetivas se transforman sin generar cambios en las disposiciones. Bourdieu acuñó el concepto de histéresis de los habitus para dar cuenta de este “efecto Don Quijote”.

Recientemente Bernard Lahire se ha dado a la tarea de profundizar en la sociología de las disposiciones iniciada por Bourdieu mediante una crítica del concepto de habitus. En sentido estricto, la sociología de Lahire busca un punto de equilibrio entre los enfoques centrados en la situación y el presente, y los enfoques centrados en las estructuras incorporadas y, por lo mismo, en el pasado como principio explicativo de las prácticas. Un claro ejemplo del primer tipo de enfoque puede encontrarse en la sociología de Erving Goffman, en la cual el orden de la interacción es visto como un fenómeno *sui generis* cuya comprensión no requiere de las trayectorias de socialización de los individuos que lo componen. En el segundo enfoque, Lahire ubica a la teoría de la práctica de Bourdieu, pues en ésta las disposiciones de los individuos tienen tal fuerza que son capaces de reproducirse a pesar de la situación o a generar situaciones en las que las disposiciones más que transformarse, se refuerzan.

Lahire considera que ambos enfoques tienen serios problemas para dar cuenta científicamente de las prácticas de los individuos y yo añadiría que también tiene problemas para observar la forma en la que la contingencia es efectivamente reducida. En relación a los enfoques “situacionistas” Lahire considera que la interacción no puede ser vista como “un imperio dentro de un imperio” y que la mera relacionalidad es incapaz de decirnos por qué razón alguien se comporta de la manera en que lo hace. Por otra parte, la perspectiva bourdiana parece olvidar que las sociedades modernas ya no están estructuradas como las sociedades descritas por Durkheim con el concepto de solidaridad mecánica y que difícilmente hoy en día los contextos de socialización suelen ser tan homogéneos. Justamente esta diversidad situacional lleva a Lahire a desarrollar el concepto central de su sociología: el concepto de hombre plural.

⁹ Justo esta manera de entender el habitus acerca a Bourdieu a enfoques como la teoría de la estructuración de Anthony Giddens y su idea de la “dualidad de la estructura”.

Para Lahire el individuo moderno es un hombre plural porque la diversidad de situaciones de socialización hace que éste desarrolle disposiciones que no operan como un sistema absolutamente coherente (como un *habitus*), sino como un sentido práctico que activa o inhibe disposiciones según la situación. En este sentido, Lahire afirma:

“Antes que dar por supuesta la sistemática influencia del pasado sobre el presente, o, dicho de otro modo, antes que imaginar que *todo* nuestro pasado, como un bloque o una síntesis homogénea, presiona *en todo momento* sobre *todas* nuestras situaciones vividas (...), el campo de investigación propuesto aquí plantea *la cuestión de las modalidades de desencadenamiento de los esquemas de acción incorporados (producidos en el curso del conjunto de las experiencias pasadas) por los elementos o por la configuración de la situación presente, es decir la cuestión de las maneras con que una parte –y sólo una parte– de las experiencias pasadas incorporadas es movilizadas, convocadas, despertadas por la situación presente*” (Lahire, 2004: 77).

Así, en el hombre plural la diversidad de disposiciones y de situaciones se retroalimentan mutuamente creando prácticas y trayectorias sociales particulares. Estamos, pues, ante un concepto relacional que permite vincular el pasado (las disposiciones incorporadas durante la socialización) con el presente (la situación). Evidentemente, la acción resultante de este encuentro entre disposiciones y situación nunca deja de ser un acontecimiento probable y como tal contingente. Cuando se ha identificado una determinada disposición en un individuo o en un grupo de individuos, se puede apostar, con un alto grado de probabilidad, que, en ciertas circunstancias dicho individuo o dicho grupo de individuos actuará de determinada forma.

Así, siguiendo a Lahire la TRSC define a las disposiciones como:

“Los repertorios de esquemas de acción (de hábitos) son conjuntos de compendios de experiencias sociales que han sido construido-incorporados en el curso de la socialización anterior en marcos sociales limitados-delimitados; y lo que cada actor adquiere progresivamente, y que de un modo más o menos completo, son tanto unos hábitos como el sentido de la pertinencia contextual (relativa) de su puesta en práctica. El actor aprende-comprende que lo que se hace y se dice en un contexto dado no se hace ni se dice en tal otro. Este sentido de las situaciones es más o menos ‘correctamente’ incorporado” (Lahire, 2004: 55).

Tenemos, pues, que las disposiciones son tales no sólo porque nos predisponen a actuar de una determinada forma en una determinada situación, sino también porque disponemos de ellas como una suerte de *stock* práctico. Justamente lo valioso de las reflexiones de Lahire para la TRSC radica en que nos brinda un concepto de disposición dinámico y atento a las variaciones

individuales capaz de dar cuenta de la forma en que el sentido práctico de los actores funge como medio de acoplamiento estructural entre éstos y la comunicación.

Como apunté antes, las disposiciones se vinculan con la comunicación en tanto éstas no sólo posibilitan una identificación acertada de una determinada situación comunicativa, sino también una participación competente en la comunicación. Es justamente este acoplamiento entre el sentido práctico anidado en las disposiciones y la comunicación lo que posibilita la recursividad de los sistemas comunicativos.

Además, debe haber quedado claro ya que este vínculo entre disposiciones y comunicación no implica necesariamente un control o una manipulación consciente de las formas comunicativas por parte del actor ya que la puesta en marcha de las disposiciones no siempre es un acto reflexivo. En este sentido, como afirma Bernard Lahire: “no opondremos el ‘habito’, o la ‘rutina’ a la ‘reflexividad’ o a la ‘consciencia’, sino que hablaremos de hábitos corporales, gestuales, sensomotrices, etc., y de hábitos reflexivos, deliberativos, racionales o calculadores” (Lahire, 2004: 111). Es importante apuntar que tanto las disposiciones irreflexivas como las reflexivas son resultados de los diversos procesos de socialización a los que se ve sometido un individuo a lo largo de su vida (la socialización en la familia, en la escuela, en el trabajo, etc.). Por lo general, el grado de reflexividad de las disposiciones depende del momento biográfico en que éstas fueron incorporadas. Solemos ser menos conscientes de las disposiciones incorporadas en el seno familiar durante la infancia que de aquellas que fuimos desarrollando más adelante en el ámbito escolar.

Las disposiciones contribuyen a reducir la contingencia de lo social en tanto que las probabilidades de que una determinada expectativa se vea cumplida aumentan si los participantes comparten cierto tipo de disposiciones (evidentemente, esta es una versión sofisticada del argumento parsoniano) o, al menos, si éstas no son completamente incompatibles. En particular esto es cierto cuando nos relacionamos socialmente en los ámbitos funcionales. De la misma manera en que aunque cualquiera puede realizar un pago, no cualquiera puede tener éxito en los negocios, la correcta participación en la comunicación científica, legal o política requiere de la activación de disposiciones generales como el capital cultural y de disposiciones específicas de cada ámbito. Así, por ejemplo, mientras que el político “sabe” (en términos prácticos) que no puede dudar de lo que dice y que, por lo tanto, debe presentarse a los demás como alguien totalmente convencido de lo que dice o hace, el científico no es necesariamente sancionado en su medio por mostrarse dubitativo.

Más allá de la interacción, diversas instancias sociales pueden buscar orientar la incorporación de disposiciones en aras de obtener un comportamiento regular por parte de los individuos. En

particular este el trabajo del sistema educativo. A diferencia de la mera socialización, que acontece sin que exista un programa bien delimitado, la educación es una socialización programada y cuyos resultados son permanente evaluados por medio de las calificaciones. Obviamente en la escuela no sólo se aprende lo que está en los programas oficiales, sino que también se socializa en sentido amplio, por ejemplo, hay una socialización de género (Cedillo, 2015). De hecho, por lo regular la socialización en el ámbito escolar deja una huella más honda en el individuo que los programas educativos. Independientemente de las limitaciones de la educación, su papel en el desarrollo de disposiciones y mediante ellas en la reducción de la contingencia en ámbitos diferenciados es fundamental. Ahora bien, esto no quiere decir que ni la socialización en general, ni la educación en particular basten para dar cuenta de la durabilidad del orden social. Para esto hace falta tomar en cuenta a un operador más: la materialidad-tecnológica.

6. Materialidad-tecnológica

La última instancia reductora de la contingencia identificada hasta ahora es la materialidad vista como tecnología. Hay ocasiones en que ni la comunicación, ni las disposiciones prácticas son capaces de dar al mundo social esa estabilidad que lo caracteriza, pues, por un lado, las expectativas comunicativas pueden ser defraudadas fácilmente y, por el otro, las disposiciones necesitan tiempo para ser incorporadas y su activación depende de un contexto habilitador que es en sí mismo sumamente contingente. En estos casos, se recurre a la materialidad en sentido tecnológico para reducir el umbral de contingencia y hacer más probable la coordinación de selecciones, pues gracias a ella los acontecimientos se convierten en algo “predecible y estable” (Callon, 1998: 159).

Un ejemplo claro de lo anterior puede verse en el caso del urbanismo londinense del siglo XIX orientado al desarrollo de un tipo particular de disposiciones orientadas al individualismo. En su obra *Carne y piedra*, Richard Sennett reflexiona a este respecto:

“Según Tocqueville, esta clase de individualismo puede aportar un cierto orden a la sociedad: la coexistencia de personas replegadas sobre sí mismas, que se toleran entre sí por indiferencia. Semejante individualismo tenía un significado particular en el espacio urbano. La planificación urbana del siglo XIX intentó crear una masa de individuos que se desplazaran con libertad y dificultar el movimiento de los grupos por la ciudad. Los cuerpos individuales que se desplazaban por el espacio urbano poco a poco se independizaron del espacio en que se movían y de los individuos que albergaba ese espacio” (Sennett, 2007: 344).

La materialidad-tecnológica puede, pues, emplearse tanto para tratar de generar ciertas disposiciones en los individuos. Sin embargo, este objetivo no es indispensable, pues la materialidad-tecnológica se basta a sí misma para reducir la contingencia sin necesidad de generar disposiciones específicas en los individuos. El clásico ejemplo de la llave de hotel de Latour da cuenta de esto perfectamente. En dicho ejemplo, Latour plantea el dilema al que se enfrentaban los hoteles para evitar que los huéspedes se llevaran las llaves de las habitaciones al salir de paseo. Es obvio que el mero enunciado “Por favor, deje la llave en la recepción al salir” tendrá un efecto limitado por el mero hecho de que no siempre se puede interpelar al huésped que sale (tal vez el personal de la recepción está ocupada en otros asuntos y no se ve sentido en contratar a una persona cuya tarea específica sea pedir los huéspedes que salen que dejen las llaves). Para tratar de dar una cierta estabilidad al mandato, los empleados del hotel deciden poner un letrero en un lugar visible en el que se pida a los huéspedes no llevarse la llave. Este reclutamiento de materia orientada a un fin es ya un paso importante a la reducción de la contingencia, pero al seguir dependiendo de la capacidad de la comunicación no deja de ser insuficiente. Evidentemente el hotel no puede esperar tener el tiempo para educar a sus huéspedes a dejar la llave, así que se ve obligado a pensar otra estrategia (tal vez el huésped no hable el idioma en el que está el letrero). Dicha estrategia fue el reclutamiento de un pesado llavero metálico que hace que las expectativas de los clientes empaten con las del personal del hotel, pues éstos ya no deberán, sino que desearán dejar las llaves en la recepción.

Más allá de las reflexiones de Latour es importante decir que este empate de expectativas no se da en un sentido intersubjetivo, sino meramente operativo. Sin nombrarlo así, Latour presenta el problema de la doble contingencia como el principio fundamental de los estudios de ciencia y tecnología cuando afirma que: “la *fuerza* con la que un hablante hace una declaración nunca es suficiente, *al principio* , para predecir la trayectoria que la declaración seguirá. Esta trayectoria depende de lo que los sucesivos oyentes harán con la declaración” (Latour, 1998: 110). Así como Latour no habla de doble contingencia, tampoco habla de expectativas. Sin embargo, la dupla conceptual programa / antiprograma es un interesante equivalente funcional del concepto de expectativas, pues el propio Latour nos dice que: “Los *programas* del hablante se vuelven más complicados a medida que responden a los *antiprogramas* de los oyentes” (Latour, 1998: 111). Tenemos, pues, que el programa de acción de ego se basa en ciertas expectativas sobre el comportamiento de alter y que, a su vez, el (anti)programa de alter parte de ciertas expectativas respecto al comportamiento de ego (alter sabe que sacar la llave del hotel no es un delito y, por lo mismo, no espera que ego haga

algo para detenerlo y tampoco considera necesario esconderse para hacerlo, sería muy distinto si alter tratara de sacar del hotel otras cosas como las almohadas o la televisión del cuarto).

Al igual que ocurre con los otros OSRC, la materialidad-tecnológica se ajusta a los ámbitos diferenciados de sentido en aras de reducir la contingencia de manera más efectiva. En el caso de la ciencia esta participación de la materialidad-tecnológica está fuera de toda duda. Sin embargo, las cosas no son muy distintas, por poner unos pocos ejemplos, en el derecho donde la materialidad adquiere la forma de expedientes y archivos, en la política donde sin micrófonos y volantes hubiera sido impensable la democracia de masas y en la economía donde el papel moneda o las tarjetas de crédito son fundamentales.

Ahora bien, es importante apuntar que la mera materialidad no sirve para reducir la doble contingencia, es necesario que ésta, al convertirse en tecnología, participe del mundo del sentido. Claro está que hay casos en los que los actores sociales atribuyen a fenómenos naturales un afán comunicativo y en ese sentido podría llegar a pensarse que “el eclipse nos quiere decir algo”. Sin negar este hecho, no deja de ser cierto que desde el punto de vista de la ciencia no podemos atribuir expectativas reflexivas al fenómeno natural como se dijo en el apartado sobre la doble contingencia. Aceptar que distintas culturas construyen distintas ontologías implica tomar en serio el llamado teorema de Thomas según el cual: aquello que se define como real, es real en sus consecuencias. Empero esto no nos obliga a aceptar como real lo que otros definen como real, sólo basta con partir de que es real para ellos.

Antes de cerrar este apartado es importante decir que, al igual que el resto de los OSRC, la materialidad-tecnológica no anula la contingencia, pues, no obstante su consistencia, las expectativas que conlleva también pueden ser defraudadas (el cliente puede llevarse la lave de todas formas, el peatón puede decidir no usar el puente peatonal, el automovilista puede no frenar ante el tope, etc.). De hecho, muchas veces la efectividad de la materialidad-tecnológica depende de la comunicación y de las disposiciones, pues de nada sirve que un político tenga un micrófono si no sabe atraer seguidores y tampoco servirá que tenga un piano si no sé tocarlo o un telescopio si no sé usarlo y además no entiendo lo que estoy viendo con su ayuda. En este sentido, la materialidad-tecnológica no debe ser vista como el OSRC más desarrollado o efectivo. Además, como ya mencioné antes, la materialidad-tecnológica es relativamente pobre en información por lo que por sí misma no puede transmitir instrucciones de sentido demasiado complejas lo que hace que sirva especialmente para orientar el comportamiento desde el punto de vista político. Sin embargo, para tener impacto en otros ámbitos, es necesario que se vincule de forma más enfática con la comunicación y las disposiciones.

Conclusiones

El objetivo del presente escrito ha sido presentar a los principales operadores sociales capaces de reducir la contingencia: la comunicación, las disposiciones y la materialidad-tecnológica. Estos operadores sociales reductores de la contingencia son una pieza importante en el engrane de la teoría de la reducción social de la contingencia. No obstante su importancia, no dejan de ser sólo una pieza. Queda, pues, mucho trabajo por hacer. Entre las tareas pendientes más inmediatas para el desarrollo de la TRSC están: la identificación de las unidades de atribución encargadas de reducir la contingencia, pues hasta ahora no está del todo claro si se trata de individuos, sistemas, redes, etc. En este sentido, es menester aclarar quién o qué se sirve de los OSRC para llevar a cabo la coordinación de acciones. A reserva de que todavía tengo mucho que pensar al respecto, una respuesta provisional apunta en la siguiente dirección: si bien, en última instancia, son los individuos los que se sirven de los OSRC, éstos no son la única unidad de atribución ya que el mundo de la TSRC también está poblado por otros agentes como son los sistemas, las organizaciones y los campos. La selección de la unidad de atribución dependerá en gran parte del horizonte espaciotemporal seleccionado ya que la reducción de la contingencia opera de una forma en la interacción y de otra en las relaciones sociales que se llevan a cabo en otra escala y que presuponen otra duración.

Por otra parte, esta reflexión respecto a las unidades de atribución requiere ser complementada con otra referida al problema de la diferenciación social en todas sus dimensiones: objetiva, social, temporal y espacial. Sólo así estaremos en condiciones de responder a preguntas relativas a las fronteras y las relaciones entre ámbitos de sentido, así como a dar cuenta de las formas en las que hoy en día se relacionan la diferenciación objetiva la diferenciación social.

Los pendientes son muchos, pero se han dado ya pasos importantes en el desarrollo de la TRSC, perspectiva que persigue conjuntar algunos de los más importantes rendimientos conceptuales de la sociología contemporánea en aras de poder llevar a cabo una observación más fina de la realidad social.

Bibliografía:

- Bourdieu, Pierre (2007) *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- _____ (2012) *Bosquejo de una teoría de la práctica*, Buenos Aires, Prometeo.

- Callon, Michel (1998) “El proceso de construcción de la sociedad. El estudio de la tecnología como herramienta del análisis sociológico”, en Domènech, Miquel / Tirado, Francisco Javier, *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*, Barcelona, Gedisa.
- Cedillo, Priscila (2015) *Tesis de maestría*.
- Galindo, Jorge (2008) *Entre la necesidad y la contingencia. Autoobservación teórica de la sociología*, Barcelona, Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa.
- _____ (2010) “Comunicación, cuerpo, tecnología: una aproximación teórico-sociológica al orden social”, en Alvarado, Ramón / Leyva, Gustavo / Pérez Cortés, Sergio
- (eds.), *¿Existe el orden? La norma, la ley y la transgresión*, Barcelona, Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- _____ (2012) “El método funcional en la teoría de sistemas” en De la Garza, Enrique / Leyva, Gustavo (eds.), *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales*, México, Fondo de Cultura Económica, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Goffman, Erving (1984) “Compromiso”, en Bateson, et al., *La nueva comunicación*, Barcelona, Kairos.
- Lahire, Bernard (2004) *El hombre plural. Los resortes de la acción*, Barcelona, Bellaterra.
- Latour, Bruno (1998) “La tecnología es la sociedad hecha para que dure”, en Domènech, Miquel / Tirado, Francisco Javier, *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*, Barcelona, Gedisa.
- Luhmann, Niklas (1973) *Ilustración sociológica y otros ensayos*, Buenos Aires, Sur.
- _____ (1998) “El concepto de sociedad”, en *Complejidad y modernidad. De la unidad a la diferencia*, Madrid, Trotta.
- _____ (1998a) *Gesellschaftsstruktur und Semantik 1. Studien zur Wissenssoziologie der Moderne*, Fráncfort, Suhrkamp.
- _____ (2007) *La sociedad de la sociedad*, México, Herder, Universidad Iberoamericana.
- _____ (2009) *¿Cómo es posible el orden social?*, México, Herder.
- _____ (2013) *Kontingenz und Recht*, Fráncfort, Suhrkamp.

- Matthewman, Steve (2011) *Technology and social theory*, Hampshire, Palgrave Macmillan.
- Sennett, Richard (2007) *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid, Alianza.
- Parsons, Talcott / Shils, Edward A. (1962) *Toward a General Theory of Action. Theoretical Foundations of Social Sciences*, Nueva York, Harper Torchbooks.
- Vanderstraeten, Raf “Parsons, Luhmann and the theorem of double contingency”, en: *Journal of Classical Sociology*, vol. 2(1), 2002, pp. 77-92.